



Conferencias

## LA CONDICIÓN HUMANA Y LA UTOPIA<sup>∇</sup>

Sergio Vuskovic Rojo.

Filósofo, académico de la Universidad de Playa Ancha y Universidad de Valparaíso, Chile.

<sup>∇</sup> Conferencia leída en el X Corredor de las Ideas del Cono Sur, en septiembre de 2009, Maldonado, Uruguay.

**L**a condición humana es uno de los problemas fundamentales de la filosofía occidental y por eso es necesario tratarla con muy pesadas palabras, ¡qué mejor que las de un cómico! en efecto, hace 2.500 años, Platón, en su obra *Tò Simposio*, que significa en griego antiguo “beber juntos” (y que se tradujo correctamente al castellano con *El Banquete*) hace decir a Aristófanes: “antes, en verdad nuestra naturaleza no era lo que es hoy, sino muy diferente. Diré, ante todo, que había tres especies de seres humanos, y no dos, como ahora. Esta especie eran: el macho, la hembra y entre ellos, una tercera compuesta de ambos, de la cual solo el nombre subsiste; la especie ha desaparecido. Esta especie era la especie andrógina”<sup>1</sup>. Y Zeus la destruyó porque los andróginos “llegaron hasta osar atacar a los dioses, intentando escalar el cielo para combatirles”<sup>2</sup>.

En buenas cuentas, Aristófanes nos está diciendo que la naturaleza humana, que la condición humana cambia, se altera, cuando estábamos acostumbrados a pensar que era siempre la misma. Hoy día con todos los estudios sobre el código genético existe consenso que la

<sup>1</sup> Platón, *El Banquete*, Ediciones Ibéricas, Madrid, tomo cuarto, 1960 a 1966, pp. 102-103.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 103.

condición humana tiene rasgos invariantes y también perturbaciones (Jacques Monod). Lo que complejiza más el problema. Tanto es así que Próspero, en *La Tempestad* de Shakespeare llegó a decir “Somos de la misma materia con que están hechos los sueños”. Antoine de Saint-Exupery, en el tratado mayor de la condición humana que es *La Ciudadela*, sostiene: “Tu entero pasado no es más que el nacimiento de hoy”<sup>3</sup> y “preparar el porvenir no es más que fundar el presente”<sup>4</sup>, Es decir, que de alguna manera están relacionados los tres tiempos fundamentales de la acción verbal.

Y para complicar más las cosas, ya en nuestro siglo XX, André Malraux, precisamente en su novela *La Condición Humana* afirma que “La angustia es el fondo del hombre, la conciencia de su propia fatalidad, de la que nacen todos los terrores aún el de la muerte”<sup>5</sup>. La muerte, la única certeza a disposición de todos (Franco Vespoli), la gran igualadora, la señora absoluta, en el habla de Hegel. El hombre, la gran interrogación: “¡Ah! El hombre, dímelo si lo sabes, el hombre, delicado juguete que salta y tropieza suspendido del hilo de las pasiones; ¿será algo más que un títere que usa la vida y que rompe la muerte?”<sup>6</sup>

Desde Aristófanes, la condición humana está relacionada con el cambio y lo que cambia lo hace en el espacio y en el tiempo, porque todo pasa, pero el tiempo queda y sin embargo también hay que considerar que aunque todas las cosas obedecen al tiempo, él teme a la Esfinge. Y nuestra enigmática Esfinge es el siglo XX, por el que hemos pasado, siglo de fierro y fuego. De distinto modo, pero refiriéndose a lo mismo, dijo Enrique Santos Discépolo: “Siglo veinte cambalache, problemático y febril... que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el 506 y en el 2000 también”.

Sin embargo, en realidad de verdad el siglo XX no sólo fue una porquería, también fue la centuria en que, a través de grandes esfuerzos y luchas, se acabó con el fascismo europeo y asiático, con el sistema colonial, se robusteció la organización de los trabajadores y de los pobres de las ciudades y los campos y se amplió el movimiento de liberación de las minorías sociales. También en el siglo XX se puso en juego la condición humana, en la lucha social, en los campos de concentración, en la poiesis, creación, construcción humana y en la chispa luminosa de las distintas utopías.

<sup>3</sup> De Saint-Exupery, A., *La Ciudadela*, Gallimard, Paris, 1958, p.152.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 167.

<sup>5</sup> Malraux, A. *La Condición Humana*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1934, p.149

<sup>6</sup> Bertrand, A (1807-1841), *Gaspar De La Noche*, editorial Nova, Buenos Aires, 1943.

Y en referencia al espacio, tengo que decir que el mío es Valparaíso, Chile, América Latina y recogiendo la herencia cultural europea, en los cuales hay que considerar que siendo sueños las utopías, no son sólo ensoñaciones; parece que responden a inquietudes profundas del espíritu humano, que quiere ir más allá de las tradicionales clasificaciones del tiempo, en pasado, presente y futuro y quisiera verlos coagulados en alguna forma en el presente, porque no es sólo presente, por la perenne incapacidad del hombre de ser todo en el presente. En el siglo XXI la puesta en juego de la condición humana se da en torno a la esperanza y la utopía.

### **Esperanza Cristiana y Función Utópica:**

¿Qué fuerza empuja a los seres humanos, en el curso de su historia, a postular a un cambio para mejor?; ¿Qué los lleva a tener la esperanza de conseguir un plus de libertad acrecentada en los tiempos por venir?

La esperanza (*sancta spes*) no sólo subsiste en cuanto respuesta a lo ya dado o a lo existente y la satisfacción inmediata de las necesidades o inquietudes o en tanto estímulo al cambio, sino que pervive, porque jamás se puede alcanzar su fin, ya que también, siempre el objetivo alcanzado, nuevo existente, reclama a su vez la necesidad de su superación y así al infinito; es como el efecto horizonte, mientras más nos acercamos objetivamente a él, más se nos aleja; pero no por eso dejamos de acercarnos a él.

El carácter transformador de la esperanza es el principio de una teoría que no se resigna a ser mera exposición de lo actual, sino que también tiende a *transformarlo para mejor* y, por ende la separación cristalizada entre futuro y pasado cae por sí misma: el futuro que no llegó a ser, que no devino, reivindicado y heredado deviene visible en el porvenir que se vislumbra. Algo de esto sabía Rainer María Rilke, que en sus *Cartas un joven poeta* enseñaba: “*Se nos podría hacer creer fácilmente que no ha acontecido nada, y sin embargo nos hemos transformados como se transforma una casa en la que ha entrado un huésped. No podemos decir quién ha venido; quizás no lo sabremos nunca; pero por muchos indicios vislumbramos que lo futuro ha entrado de esa manera para transformarse dentro de nosotros mucho antes que acontezca*”<sup>7</sup> Esto es, que el futuro entra en nosotros mucho antes que suceda.

La energía elemental de la esperanza se funda en cada mujer u hombre en el hambre física o de ideas nuevas (el hambre docto), en conciencia de un vacío, revelador de algo que falta. La esperanza inicialmente es expresión del mundo instintivo, ligado a la necesidad y a la pregunta que abre por su satisfacción y en ella se encuentra la posibilidad de entender de un

modo nuevo la historia humana, en cuanto *pathos* de la transformación del perenne surgimiento del *novum*.

Precisamente la utopía concreta se contrapone a la angustia y al miedo, a la estrechez de horizontes de la sociedad manipulada, que transforma todo en mercancía, que tiene el signo peso como su dios (o el dólar, o el yen japonés o los más modernos que afirman que va a ser el yuan chino) o que se enmuralla en el totalitarismo. La función utópica hoy día no nace en un vacío histórico, sino que halla su fuente de inspiración en la persona que está perdida, al emerger la sociedad de masas manipuladas o las involuciones burocráticas o el individuo preso del consumismo, que se retira a la vida privada, pero quedando siempre prisionero de sus solitarias angustias, que le impiden abrirse a la esperanza y a la utopía, “*por no entender qué es eso de esperar otro mundo de este mundo*” (Gonzalo Rojas).

La función utópica coloca su centro de atracción en el corazón de la eticidad y de las pasiones del hombre, que el tema de su liberación hace explosivas. La subjetividad, los efectos pasan a jugar un rol insoslayable, por cuanto, a pesar de estar alienados o manipulados, su propia estructura utópico-deseante tiende siempre, por sobre recaídas y regresiones, hacia la exigencia de lo nuevo, hacia la posibilidad del otro, hacia la presencia de la diversidad.

Hoy día, cuando está tan de moda hablar de los desastres de las utopías, es necesario señalar que el peregrinar de la utopía continúa en un proceso dramático, abierto, que tiene lugar en la discontinuidad y siempre evoca lo que falta por alcanzar, sin esterilizarse en la eterna espera o en el viaje sin punto de llegada.

Pienso que estas son las raíces de las tres utopías más importantes de nuestra época: la cristiana, la marxista y la laica, derivada esta última de la Revolución Norteamericana y de la Revolución Francesa.

Me parece que el fundamento de la utopía marxista se encuentra en la famosa e ignorada carta de Marx a Arnold Ruge, de septiembre de 1843:” Aparecerá claro... cómo desde hace tiempo el mundo posee el sueño de una cosa-*Traum von einer Sache*- de la cual no tiene más que poseer la conciencia, para tenerla realmente. Aparecerá claro que no se trata de tirar una línea recta entre pasado y futuro, sino de realizar los pensamientos del pasado”.

Y precisamente en este “realizar los pensamientos del pasado”, ocupa un lugar relevante en el Chile de hoy, la recuperación histórica de la izquierda nacional, de la cual fue un Adelantado

---

<sup>7</sup> Rilke, Rainer María, *Cartas un joven poeta*, Ed. Amanecer, Buenos Aires, 1941, p.47.

Ilustre el presidente Allende. Tradición histórica que él encarnó estando siempre a un lado de un conflicto social, en el lado de los trabajadores y de los condenados de la tierra, reclamando igualdad y justicia social y luchando por la superación del capitalismo. No será éste un régimen eterno ni será la última formación económico-social de la historia. La historia humana no tendrá fin.

Sin embargo el sueño de una cosa no se da inmediatamente en formas racionales. El golpear de su existencia se hace presente como inquietud, fermento, desencanto de lo existente, mito o proyección heliotrópica, que despuntan en el horizonte de la historia humana y que pienso que , en la configuración de este siglo XXI, se da en la expansión exponencial de la democracia que estamos presenciando y que sin embargo, también viene preñada de futuro, de algo que le falta, de una forma de vacío que sólo se puede llenar con la aspiración a la igualdad de oportunidades, a la igualdad de respeto y la igualdad de reconocimiento.

La relación entre función utópica e historia halla su razón de ser en el proceso de renovación de la sociedad, partiendo del fundamento que utopía no es sólo sueño, sino necesidad de lo nuevo contenido en el presente (el *novum*), y advertencia de aquello que aún le falta al hombre para llegar a ser realmente humano.

Pensamientos y obras de una época o de un hombre en soledad se expanden, a menudo, en senderos interrumpidos, abandonados en la mitad de su marcha. Mas, una vez abierta la senda, son susceptibles de ser recorridos de nuevo, por otros hombres en nuevas condiciones, que se quedan maravillados mirando que antes fueron atravesados tangencialmente por otros seres humanos anteriores. Tales es el caso histórico de la ciudad de San Ignacio Guazú, primera villa misionera, fundada por la orden de los jesuitas en 1610 en Paraguay.

Existen muchas tensiones latentes hacia el futuro, diferentes desemboques posibles y diversos grados de maduración histórica. El futuro no está necesariamente solo delante de nosotros, como algo que emerge de la nada grávida, sino que, como tendencia, reside también en el pasado y en el presente, pronto a saltar cuando se cumplan todas las condiciones formales de su ser.

### **Reinvindicacion De La Utopía:**

El ser humano por el “Principio Esperanza” (*der Prinzip Hoffnung*) tiene la aspiración a que el futuro sea mejor que el presente Y en Chile, en el período de la democracia hasta el 1973,

se podía encontrar una razón histórica para tener esa seguridad, porque el desarrollo social de nuestro país y la lucha de los trabajadores permitieron que se conquistaran, primero derechos sindicales, luego derechos políticos para los obreros, las mujeres, los campesinos, los pobladores, los jóvenes. Es decir, se tenía una base real por la cual creer que el futuro iba siendo cada vez mejor; o sea, rasgos de las utopías sociales se iban concretando en leyes de la República. Se podría decir que la utopía concreta se hacía presencia real.

Esto permite concluir que al contrario de lo que se dice de ellas, las utopías son realmente emancipadoras, porque son críticas del presente, ya que en el presente está incluida una parte del pasado y también está incluida una parte del futuro (el *'novum'*- lo nuevo), que las dominantes ideologías presencialistas pretenden evaporar. La utopía es la necesidad de lo nuevo contenido en el presente.

Incluso en el presente de América Latina hay elementos que de alguna manera están manifestando un futuro que pugna por nacer: el despertar y la organización de los pueblos indígenas, formas de acción del voluntariado católico, los trabajos voluntarios de los universitarios, los movimientos para la ampliación de las libertades civiles, las acciones por la liberación de los derechos de los homosexuales y lesbianas, la existencia del movimiento Greenpeace, las manifestaciones de los defensores de los derechos ecológicos de las ciudades y de los campos, que luchan por la preservación de la naturaleza sin contaminación. Últimamente se han agregado los defensores del Patrimonio Histórico e intangible de las ciudades con características especiales.

Todos estos colectivos que se aglutinan comienzan a construir islas de utopías, en un mundo globalizado, donde las tendencias dominantes hacia el pensamiento único tienden a hacer desaparecer de la mente y el corazón de los humanos, dos cualidades: la memoria y la imaginación. No hablan contra la memoria, sino contra la nostalgia; no hablan contra la imaginación, sino contra la utopía. Estas son cualidades humanas que hoy están en peligro y que hay que defender porque la memoria nos permite aprender de nuestra historia, para no repetir los mismos errores y la imaginación nos permite diseñar un posible futuro mejor que nuestro presente. Precisamente toda la lucha que se libra contra las distintas utopías: cristiana, marxista, laica en el mundo globalizado en que vivimos, no encuentra su fundamento tanto en las imágenes que éstas pueden mostrar de un futuro por llegar, sino en cuanto, por su sola existencia, ponen en jaque la realidad existente. Lo que es una prueba ulterior de que todas las utopías son críticas del presente. Hoy la puesta en juego de la condición humana se da en la

defensa de las utopías que piensan que es posible una sociedad mejor y más justa que la actual.

Y aquí surge el problema de las relaciones entre utopía y política, porque ambas se topan con la realidad, “esa maldita entrometida”, como la definió Macedonio Fernández; mas, aquí hay que distinguir: así como la utopía no es puro sueño, tampoco es igual a la política, lo que nos permite levantar algunas hipótesis:

a) El papel social de la utopía es distinto del rol de la política; la primera convoca al futuro o vuelve el ojo del alma a un pasado remoto que se ve como feliz; en cambio, la segunda está anclada en el tiempo presente. Son planos distintos.

b) Se puede postular un nexo entre utopía y política, que denominamos la función utópica, actuando en tanto corpus ideal inspirador y fuente de eticidad y moralidad anteriores a la política.

c) La política se puede inspirar en una utopía concebida como un corpus ideal regulativo, como era la Cruz del Sur para los navegantes del pasado en el Mar Océano: indispensable para orientarse; pero, inalcanzable objetivamente.

d) Todas las tentativas de realizar en la tierra “la copia” de la ciudad ideal se han visto condenadas al fracaso, en el mejor de los casos, porque han partido del supuesto que todos los hombres son buenos y piensan lo mismo; es decir, han padecido el *vicio de la unanimidad*.

e) La idea del cambio social en el presente, no se construye asiéndose a una utopía sino que se pretende intervenir, ahora, en la sociedad para superar sus injusticias reales, a través de una política de cambios posibles, que elabora proyectos y programas específicos, para un momento dado y una situación determinada.

f) El rasgo común de las distintas utopías existentes es su aspiración a la igualdad. La experiencia milenaria de la humanidad nos indica que la forma de conseguir conquistas igualitarias permanentes se da siguiendo la vía de la libertad y la democracia.

g) La función utópica es una función social real, es una función permanente de la sociedad humana; cuando falta en un pueblo se nota como una carencia, como una hipoteca de futuro.

Y para que nuestro futuro latinoamericano no quede hipotecado en la regresión o en la inmovilidad, nos parece que lo más aconsejable es acoger la enseñanza de un uruguayo ilustre, Mario Benedetti y agarrarnos de su “*invicto centímetro de las duras lealtades*” con nuestros pueblos, lealtades en que se dignifica la condición humana.

